

ARMERO: CONOCER EL PASADO PARA (NO) REPETIRLO

En marzo de 1882, la revista *Repertorio Colombiano* publicó un artículo de Ramón Guerra Azuola sobre un cataclismo ocurrido en Armero a comienzos de 1845. Lo sucedido en el mismo sitio, 141 años después, guarda pavorosas similitudes con el antecedente del siglo anterior y trae a la mente el lugar común de las catástrofes anunciadas en un país que, como el nuestro, parece recorrer algunos tramos de su historia con la extraña vocación de repetirlos. Este documento le fue cedido a *Análisis Político* por Germán Giraldo, egresado del postgrado de Historia de la Universidad Nacional.

Entre los pueblos de Lérída y Guayabal, en el Estado del Tolima, pasa el río Lagunilla fecundando unos terrenos que por más de un título se han hecho célebres en Colombia. (...) A mediados de febrero de 1845 las aguas de este río se agotaron, y su cauce quedó seco. Esta novedad era tanto más sorprendente cuanto la estación estaba calurosa en demasía y el río debía hallarse crecido por los deshielos del páramo. Un ruido como de gruesa artillería se había dejado oír hacia la cordillera, y la consternación y el espanto se habían difundido en la comarca, cuyos habitantes huyeron amedrentados en todas direcciones. Sólo unos pocos, menos avisados, ó más cansados de vivir, permanecieron en sus chozas riéndose como unos idiotas del susto de sus compañeros.

Cinco días duró la angustiosa expectativa, tiempo en el cual las abundantes aguas, estancadas por el derrumbamiento de un cerro, formaron un gran lago en las cumbres de la cordillera. La fuerza progresiva del líquido tenía que triunfar y triunfó, de la resistencia de la materia inerte que le estorbaba el paso, y al ceder el dique, el llano se vió inundado repentinamente por una enorme corriente de barro que arrastraba piedras, pedazos de rocas y cor-

pulentos árboles arrancados de raíz. El estruendo de este cataclismo se oía desde muy lejos, é hizo temblar de espanto hasta á los más animosos, porque el peligro desconocido que se va acercando es siempre más temible que el que se tiene á la vista, y el ruido parecía que se aproximaba por momentos á todas partes. ¿Cuál se imaginaba que él nevado se había derrumbado, y que sus escombros colmarían el ancho valle? ¿Cuál, que algún volcán se habría puesto en actividad?, y con su explosión había de desquiciar la cordillera. Todos convinieron instintivamente en que era preciso huir, y sin vacilar huyeron, abandonando los poblados por alejarse del espantoso ruido.

Mientras tanto, los infelices que no quisieron alejarse con tiempo de las vegas del río, fueron arrastrados por la corriente, y perecieron. Más de mil cadáveres se encontraron, unos encima de los árboles ó en los techos de las casas, y los más, sumergidos en el lodo y ahogados. (...) Familias enteras perecieron, sin que se salvara ninguno de sus miembros, otros se encontraron de repente solos en el mundo, habiendo visto morir á todos los suyos. Al amanecer el tercer día después del cataclismo, llegaron el Gobernador de la antigua provincia de Mari-

quita, doctor Uldarico Leiva, y los señores Mateo Viana, Wenceslao Chávez, José María Barrio-nuevo, Roberto J. Treffry, Elías Cano, Dionisio Ortiz, Pedro M. París y otros, y auxiliados por unos cuatrocientos peones, lograron salvar á más de ochenta desventurados que agonizaban picados de las aves de rapiña y comidos por los gusanos. Colocando tablas y maderos sobre la gruesa capa de lodo; afrontando el peligro de sumergirse y perecer; respirando gases fétidos y envenenados, y recibiendo en las espaldas los rayos de un sol abrasador, pudieron avanzar muy adentro en ese mar y favorecer á los que luchaban con la muerte. **Allí encontraron viva á una niñita de dos años, sentada sobre el cadáver de la madre** (subrayado de *Análisis Político*). Más allá José Antonio Salas fue recogido casi muerto, con un niño de seis meses en los brazos, al cual había estado alimentando con unas mazorcas de maíz que la corriente trajo y dejó enredadas en el árbol que le sirvió de asilo, de las cuales arrancaba los granos y, mascándolos, los ponía en la boca del niño sin dejar nada para sí mismo, contentándose con refrescarse las fauces con la nieve que arrastraban las aguas. En otro sitio encontraron á un desdichado anciano á quien un hijo suyo sostenía en los hombros, no obstante sus súplicas y ruegos para que lo dejase morir y se salvara. El joven estaba sumergido hasta el cuello, y hubiera caído á no haberse agarrado de un árbol; pero la vida se le escapaba ya, y murió pocas horas después de haber salido de esa especie de fosa en donde estaba. El padre espiró también al día siguiente. Los gritos de angustia y desesperación de los unos eran contestados por los de consuelo que les prodigaban los caritativos

y valerosos sujetos que con tanta abnegación y constancia dedicaron cinco días á ese peligroso trabajo, hasta que se persuadieron de que ya no podían hacer más en favor de las víctimas, porque la muerte había triunfado.

Cerca de doce leguas cuadradas quedaron cubiertas por el barro, conviendiéndose ese terreno en una especie de playa interminable, sin que en ella quedara nada de lo que antes existía. La paja con sus chicharras y culebras, los bosques con su fragancia y sus encantos, los contrabandistas con sus angustias y sus esperanzas, todo había desaparecido. Los pocos árboles que resistieron al embate de las ondas tenían el tronco ennegrecido y las hojas secas, como si el fuego los hubiese retostado. Las casas que no se derrumbaron quedaron soterradas, y sus techos parecían á lo lejos montones de la misma arena que cubría todo ese espacio. El silencio, la desolación y la muerte reinaban por todas partes. (...) Pasaron silenciosos los años en esas soledades con las lluvias que fertilizan y los calores que hacen germinar las plantas. El hombre volvió á poner sus industriosas manos en esos terrenos, y éstos, como para recuperar el tiempo perdido, se apresuraron á cubrirse con una lujosísima vegetación. Vinieron también a derramarse allí algunos capitales extranjeros, de esos que en su patria permanecen ociosos y aquí promueven las industrias y el comercio, que allá no producen nada y aquí se triplican en poco tiempo, y como por encanto se formó un inmenso y espléndido jardín, en el cual se disputaban la tierra, el tabaco, la caña de azúcar, los pastos para ganados, las factorías, las casas de habitación y las más bellas flores.